

rado de la situación no dejaron de reirse los asendereados compañeros:

— ¡Parece San Cristóbal cargando á Jesús!

— ¡Es Gulliver en el país de los gigantes!

— ¡Es Pablo en busca de Virginia!

— ¡Son el ogro y Pulgarcito!

— ¡Adiós, la pareja!

Sólo el buen Gheude no opinaba así:

— ¡Caramba, si pesas!... ¡Quién te ve tan delgadito!... ¡Y qué carne tan apretada gastas, compadre!... Cualquiera diría que eras mujer.

En eso apareció el comandante Villagómez, que se sonrió al ver el grupo:

— ¿Se cansó el muchacho? ¡Pero no lo lleve cargando, hombre; no sea bárbaro!... ¡Cómo le va á alcanzar! *Horquente* por ahí en el caballo de algún soldado... A ver tú, Bermejo, trepa ese muchacho en tu caballo y vete al pasito... Mira, muchacho, cógete bien y no te sueltes... Aquí me queda un cachito de gallina, de la que me dieron en Tacámbaro; cómetelo, que me parece no te vendrá muy mal que digamos... Y no te acuites, que este oficio del soldado tiene sus quiebras... Vamos andando...

Serían las cinco cuando empezó á soplar un vientecillo fresco que nos levantó un poco el ánimo: el sol se sumergía en una pira inmensa que con sus resplandores matizaba todo el firmamento; la arena del sendero despedía un

vaho caliente que al mezclarse con el cefirillo que venía del norte llegaba al rostro como una caricia; el ojo tremendo é implacable que nos había estado contemplando desde la altura se tornaba benigno y compasivo; mil insectos metidos entre la arena y los hierbajos lanzaban sus chillidos acompasados y monótonos. A la luz del crepúsculo muriente divisamos una eminencia y sobre la eminencia unas tapias; y cuando comprendimos que aquel era



el término de nuestras fatigas del día, apresuraron el paso los hombres, las bestias alzaron la cabeza y todo el mundo echó á andar para subir pronto hasta aquel corral en pleno campo.

— ¿Y habrá agua? preguntó el soldado que me conducía.

— ¿Y habrá agua? preguntaban todos.

— Claro que sí; es un aguaje pa las bestias y un punto de parada pa los caminantes.



— Pues, pícale pa llegar de los primeros.

Y en efecto, llegamos con tal oportunidad que apenas dos ó tres de los mandones habían tomano posesión del jagüey: allí se olvidaron las diferencias de raza, las diferencias de nacionalidad, las diferencias de grado y hasta las diferencias de especie: hombres, caballos, belgas, indios, mestizos, chinacos é imperialistas bebíamos con tal priesa que no parecía sino que íbamos á agotar aquel manantial de agua tibia y nauseabunda. Más de un cuarto de hora duramos bebiendo sin interrupción y el chapotear de labios humanos y de belfos de animal se oye todavía en mi alma cuando recuerdo alguna situación grave y apretada.

— Van Haens, me dijo el viejo Gheude, que á la cuenta era católico observante, nos han dado unos cerdos para comer...

— Pues, comámosles.

— ¿Y el día?...

— ¿Cómo el día? Dirás la noche.

— Bien, la noche... ¿No lo recuerdas?

— No recuerdo nada.

— Es Viernes Santo.

— ¿Y sientes escrúpulo de devorar el animal in-mundo?

— Claro está.

— ¿Y prefieres que el hambre te devore á ti?

— Es lo que dudo.

— Yo no tengo nada que temer: me comí un buen trozo de la gallina con que me obsequió el comandante de la escolta, y ahora tengo en reserva otro pedazo que me servirá para la cena.

— ¡Gallina! Menos mal, pero cerdo...

Se retiró Gheude, y á poco, cuando volvió á beber agua, me le encontré (horror me causa decirlo) con los labios todavía negros por el polvo é hinchados por el sol, en parte rojos, destilando sangre, y llenos de coágulos sangrientos los enormes bigotes y la terrible y descuidada barba.

— Gheude, le dije asustada; tú has matado á alguien y te le has comido vivo.

— Yo no le maté ni me le comí vivo, pero sí crudo.

— ¿Crudo?

— Crudo y sin sal. Figúrate que dieron tres puercos gordos para toda la tropa y para los prisioneros; pero como no hay lumbre y el hambre apretaba... hemos tenido que coger nuestros cachos de pitanza cruda, y que retirarnos á comerla como los perros, en el primer rincón que nos hallamos á la mano.

— ¿Y el día, Gheude?

Quedóse reflexionando el gigante, y al fin advirtió:

— Tienes razón... el día... pero, no creas, ofrecí al Señor este sacrificio...

Dormimos tranquilamente por la noche, y cuando



sonó el toque que nos mandaba levantarnos, cogimos las maletas en que habíamos echado nuestros pobres trapos. Villagómez no se olvidó de mí.

— Muchacho, ¿comiste tus chicharrones fríos?

— No, mi comandante, repuse cuadrándome: guardaba todavía un buen pedazo de la gallina que usted me regaló.

— Busca á tu compañero, que ya tienen orden de dejarte subir en las ancas de cualquier caballo.

— Gracias, mi comandante.

El camino parecía el reverso del que habíamos visto el día anterior: todo era árboles copudos, fuentes murmuradoras, sombra y tranquilidad. Al día siguiente llegamos á Huetamo, que era el término de nuestro viaje, y la primera providencia de la escolta chinaca fué pasearnos dos veces por la plaza principal entre la admiración y la pena de los honorables huetamenses; admiración por mirar gentes como nosotros, rubias y blancas, pena porque sabían que á la hora menos pensada, sin pedirnos parecer, podían fusilarnos uno tras otro ó á todos en masa, como si hubiéramos sido los cerdos que la previsora caridad de los notables destinó para nuestra cena del día anterior.

Una vez realizadas las operaciones preliminares de la vuelta por la plaza y la presentación al pueblo, apareció un nuevo matemático indio. Era un viejo flaco, huesoso,

trigueño, de mirada mansa y que solía ver hacia el suelo más de lo que hubiera querido por ser encorvado y mal hecho á más no poder. Como todos sus paisanos, vestía calzones anchísimos de manta de algodón y camisa con las faldas vueltas hacia fuera; en la cabeza se calaba un gran sombrero de palma con toquillas, y al cinto, desnudo y afilado, llevaba un machete suriano más difícil de levantarse que la espada de Roldán. El tal viejo se llamaba Leonardo Valdés, y era nada menos que coronel de los pintos: los belgas no le llamaban nunca más que *don Valdés*.

No os entretendré relatándoos la escena del recuento; baste deciros que don Valdés era matemático todavía peor que los que habíamos topado antes. Al fin, desesperando de conocer la cifra exacta de las gentes que se le habían confiado, se limitó á mirarnos bien, procurando guardar nuestras fisonomías en su memoria y á amenazarnos con fusilar sin remisión á los que trataran de escaparse; cosa que de seguro habría hecho con un poco más de primor que la famosa cuenta.

Nos dieron para habitación un lado entero de la plaza; había allí el consabido portal hispano-morisco que no falta en ningún lugarejo mexicano, y después que cada uno descansó á su gusto y comió cuanto tuvo á bien, empezamos nuestra existencia de prisioneros de guerra en Huetamo.



Nos daban como sueldo un real diario, que nos servía para comprar cuanto deseábamos con las *chimoleras* que vendían sus mercancías en la plaza, para hacernos con cuanta carne habíamos menester y hasta para formar pequeños fondos de reserva que nos permitían pensar en una liberación próxima. Yo no recuerdo haber visto ni los dineros que tuve ni los que esperaba tener, con placer mayor que el que miré subir la cuartilla con que había empezado mis ahorros hasta un peso ó nueve reales, que guardaba celosa y llena de cuidado en una costura de mi viejo uniforme. Por lo demás, nuestras distracciones en Huetamo se reducían á poca cosa: darle cincuenta vueltas á la plaza partiendo del último arco del portal hacia la derecha; esperar las doce para acudir con nuestra *chimolera* preferida y comerlo más exquisito que tuviera; dormir la siesta; recorrer otras cincuenta veces la plaza partiendo del arco de la extrema izquierda; dormir y levantarnos tarde al día siguiente. Eran grandes acontecimientos la adquisición de una olla para hacer el café, la posesión de un cuchillo con que degollar un pollo ó los convites á las casas de los notables. No debo ocultar que los convites menudeaban para mí más que para los otros, y que casi no pasaba día ni semana sin que me sentaran á su mesa (Dios las bendiga) las familias más pudientes y me obsesquiaran con dulces, ropa y dinero. Merced á eso pude mudar camisa con una frecuencia que asombraba á mis com-

pañeros, remendar mi traje de manera de dejarle presentable y hasta ponerme guapa y rolliza como pocas veces lo había estado; nadie habría creído que hubiese sufrido tamañas penas quien ostentaba tan buenos colores y tenía una tez tan fina y reluciente.

Nada más dos distracciones teníamos en nuestro destierro: la amistad del excelente doctor Leonides Gaona, que nos mimaba y nos atendía como si hubiéramos sido sus hijos, y las borracheras del administrador de rentas, don Rafael Cosío. El día que ingurgitaba el de las verdes matas, Cosío nos amenazaba con fusilarnos á todos, con comernos vivos, con no darnos de comer en no sé cuánto tiempo. Era menester la influencia del simpático doctor para que aquella fiera nos entregara el real que solía debernos; cuando se le pasaba la *turca* nos pedía perdón y nos daba de palmaditas en los hombros.

Pero ¿qué hacían ni qué podían hacer gentes que no tenían más ocupación que recorrer de derecha á izquierda y de izquierda á derecha la plaza de Huetamo? Conspirar, conspirar para evadirse y salir á terreno libre. Y bien sabe Dios que nosotros conspirábamos sin interrupción y con afán de convencidos, aunque sin propósitos sanguinarios y truculentos como alguien habría podido creer. Don Valdés y su ojo gacho, Cosío y su tripa harta de aguardiente, nuestros guardianes tozudos y sin gra-



cia quedaban perdonados sin excepción — *Perdono á tutti...*

Mas he aquí que cuando todo estaba en sazón y había entre los proyectos pendientes y su realización sólo el espacio que separa la potencia del acto, un Judas odioso, un sargento francés que estaba á nuestro lado, denunció nuestros proyectos á don Valdés y motivó las medidas que verá quien siga leyendo.



## CAPITULO VI

### La evasión

**E**s, pues, el caso que don Valdés se indignó contra lo que llamaba nuestra ingratitud.

— *Sinvergüenzas*, mantenidos, nos dijo frunciendo aquellas cejas, que no por ser menos pobladas que las de Júpiter Olímpico eran menos respetables que las del padre de los dioses. ¿Pos qué querían, golleteros? Ora se friegan... ¿Van á ver qué mal les va, jijos de la mala vida!... Mañana mesmo salen pa Zirándaro y á ver si allá hacen de las suyas... A ver si pasan tan fácilmente el río de las Balsas...

Mis amigos los belgas estaban encantados con la noticia: ver un río, un verdadero río que les recordara su tierra pantanosa, sus viejos *polders*, sus ciudades gentiles hechas en complicidad con el agua, era algo que no aguardaban tan pronto. Desde la salida de Huetamo sen-